

*por vegas y cigarrales
velándole centinelas*

*y, desvelado de sueño,
al borde de las trincheras,
soñaba entrar en Madrid
y clavarle una bandera.*

* * *

*Sobre una noche chiquita,
alegre de puro negra,
le bordaron la diana,
con seis rumbos de una estrella,
que le signó caballero
al Este de la guerrera
y una mañana sin luz
ni gracia de sol ni alerta
de árbol, de río ni de pájaro...
yerma, Señor, toda yerma,
le acertaron en el pecho,
justo en el oro.*

*La estrella
se enjoyaba de rubies
como una viva bandera.*

* * *

*Con la sonrisa en los labios
—sobre la camisa nueva
bordada en rojo de sangre
reclinada la cabeza—
quedó cara a los luceros.*

*En la herida descubierta,
el otro Arcángel Miguel,
con finas moradas hebras,
al borde del corazón
le iba bordando otra estrella.*

José CANAL

Marta y Claudina

(CUENTO)



— dijo mirándome con sus ojos claros y alegres — Sí. Yo también te quiero.

Estaba ante mí, sonriente, en la actitud de quien acaba de adoptar una resolución.

— ¿Para siempre, Marta?

— Para siempre, claro que sí.

Dejó de sonreír, y me echó los brazos al cuello. Así era ella.

Mi corazón galopaba. Aquello era la culminación de un año largo de asedio amoroso, una victoria sentimental conseguida cuando, en realidad, yo estaba comenzando a desesperar. Durante muchos meses, mi porfía, mi devoción no habían cosechado más que una sarta de fracasos. Marta se había convertido en una obsesión de mi cerebro, en un anhelo insaciado y ferviente de mi alma. Sin ella no existía el gozo de la vida; las pequeñas alegrías cotidianas carecían de sabor y de sentido. Sólo cuando mis ojos encontraban la luz de los suyos, se iluminaba mi existencia y se abría como una flor el contento de vivir.

Quando se desasíó de mis brazos, le pregunté:

— ¿Y Claudina? ¿Qué dirá Claudina?

— ¡Figúrate! ¡Estará contentísima!

Yo también lo esperaba. Claudina favoreció siempre que pudo mis esfuerzos por acercarme a su hermana, aquel mosconeó mío de tantos meses por atraer su atención y su cariño. Fue una fiel aliada, acaso no muy eficaz, porque Claudina era poco expansiva, muy soñadora, tímida, vivía un tanto supeditada a la desbordada actividad de Marta.

Una u otra de las dos hermanas — eran huérfanas, y vivían solas — pasaba todos los días a la misma hora de la tarde por la calle donde tenían establecida toda de perfumería. Yo las miraba a través del ventanal de mi despacho, y siempre me sorprendía la disimilitud de sus figuras, de su temperamento y sus maneras.

Marta era rubia, esbelta, muy movediza y alegre, quizás un poco desdenosa y burlona, pero es que la alegría y la risa le retozaban dentro del cuerpo.

Claudina, en cambio, caminaba con cierta languidez; tenía el cuerpo más pleno que la otra, el pelo negro como la endrina, y desde el fondo de sus ojos oscuros lo contemplaba todo con indecible melancolía.

Siempre opiné que ambas hermanas eran hermosísimas, cada cual en su estilo. Sin embargo, a mí me seducía más la exultante belleza rubia de Marta, su alegría, quella claridad verde de su mirar.

Cuando intenté acercarme a Marta por vez primera – creo que fue en un baile que se celebró en el Casino – ella me recibió sin remilgos, como si estuviera esperando hacía tiempo mi galanteo. Aceptó al punto mi compañía insistente, mas en su acogida notaba yo un matiz de ironía, su poquito de burla. Comprendí que tendría que vencer a fuerza de abnegación, esa última resistencia de su carácter, ese sarcasmo defensivo que me impedía poner enteramente al descubierto mis sentimientos.

Pues ante su alegre humor, ante su risa desbordada y su constante bromear, yo iba sintiéndome un poco intimidado.

Busqué la ayuda de Claudina. Y la obtuve desde el primer momento. Ante ella desnudé mi corazón sin ningún recato.

– No sé por qué dudas – me animó Claudina en cuanto le expliqué mi problema – Marta te quiere como seguramente no ha querido a nadie. Pero ella es así. La intimidad, el tono confidencial, la expresión sincera de los sentimientos le parecen actitudes ridículas. Y trata de encubrirlas con su ironía. Sin embargo, te quiere. Y a poco que tú insistas, te aceptará. Luego... en tus manos estará la posibilidad de llegar a su corazón, de despertar su ternura.

Costó mucho despertar la ternura de Marta. Momentos hubo en que me sentí desfallecer a pesar de que la quería apasionadamente, a pesar de que mi alma y mi cuerpo reclamaban con avidez el amor de aquella mujer. Y en esas ocasiones de desfallecimiento: fue de nuevo Claudina la que vino a prestarme ánimo y a convenirme de que no debía cejar en mi empeño amoroso.

– Te quiere – me decía – te quiere más de lo que supones; pero le parece ridículo demostrártelo. ¿Qué quieres? ¡Es su carácter!

Resultó al fin que Claudina tenía razón.

El mediodía de aquel domingo, después de haber paseado con Marta y sus amigas por el malecón del puerto, la acompañé hasta su casa. Ese día su alegría habitual parecía ser menos exuberante que otras veces. Durante el corto trayecto pareció aceptar sin sarcasmos mis confidencias. Ibamos andando, uno junto al otro por la calleja solitaria y llena de sol; y a medida que nos acercábamos al punto en que debíamos separarnos, Marta caminaba con la mayor lentitud.

Ya frente al portal de su casa, me tendió la mano. La tomé entre las mías, pero no me despedí, sino que entré con Marta en la fresca penumbra del zaguán. No pareció sorprenderse. Creo que esperaba lo que iba a pasar.

– Marta, – le dije – estoy desesperado. He de casarme contigo. Te quiero con toda mi alma. ¿No me aceptas? ¿No me quieres tú también un poquito?

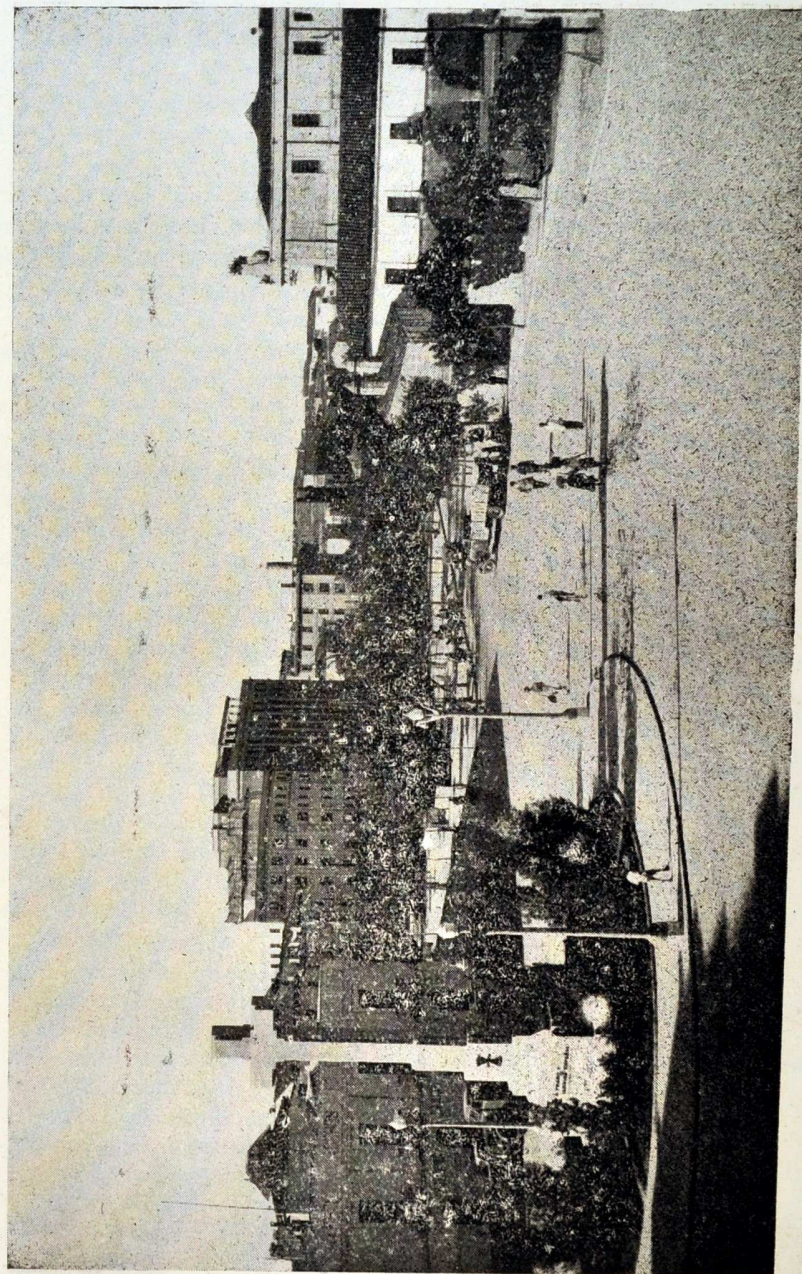
– Sí – dijo – Yo también te quiero.

– ¿Para siempre, Marta?

– Para siempre, claro que sí.

Ibamos a entrar para anunciarle a Claudina la buena nueva, mas cuando yo apoyaba la mano en el pomo de la puerta, Marta me detuvo:

– Espera. Me parece mejor que sea yo quien se lo diga. Vete ahora, y vuelve por la tarde. Saldremos juntos.



ALBUM EXTREMEÑO. — Cáceres. Plaza de América. Foto Javier

-Comprendo muy bien -repuse.

Quise volver a besarla antes de irme, y no lo consintió. Me empujó hacia la calle.

-No corras tanto - me recomendó - Hay que andar más despacio ¿sabes? Así se evitan los tropezones,

Y se echó a reír con aquella risa clara que a mí me parecía música celestial.

Por la tarde llamé a su puerta todavía muy temprano, y fue Claudina quien me abrió. Sonrió al verme, pero sin que el habitual matiz de tristeza desapareciese del fondo de su mirada negra.

-¿Lo sabes ya, Claudina? - le pregunté con asía.

-No sabes lo que me alegró - contestó - ¿Ves como se allanaron todas las dificultades? ¿Qué te decía yo?

- A ti te lo debo. Sin tu ayuda, sin tus consejos, no habría tenido tanta perseverancia.

Le había estrechado la mano entre las mías en un gesto fraternal, pero ella la retiró con un ademán un poco esquivo. Me miró muy seria, dió media vuelta, y se apartó.

-No seas tan adusta - le dije riendo - has de empezar a tratarme como a un hermano.

-¿No lo hice desde el principio?

Aproveché la estruendosa entrada de Marta en la habitación para desaparecer. Marta estaba ya arreglada y vestida para salir. Nunca la había visto tan linda,

- ¡Hola, romántico! - me dijo - ¿qué te parece tu novia? ¿está guapa?

Y dio dos o tres vueltas sobre sí misma para que la contemplase a mi gusto.

- Me parece la mujer más hermosa que he conocido.

- Esa es una cursilería propia de tu romanticismo, pero... me gusta oírlo.

Reimos los dos. Ella parecía ser muy feliz.

- ¿Adónde me llevas? - preguntó.

- A donde quieras, Marta.

- Hoy iremos al Cine. Es lo más discreto. Ten en cuenta que todas las viejas lechuzas de Valmira van a movilizarse. ¡Lo que hablarán de nosotros estos días!

- ¡Si eso las hace felices!...

- Verás; felices a medias. Cualquiera de ellas prefería estar en mi lugar.

Me hizo un pícaro guiño con los ojos, y añadió:

- Yo también te piropeo, romántico.

Claudina salió a despedirnos. Sentí pena por ella. Las tardes de los domingos solían salir siempre juntas.

- ¿No vienes con nosotros, Claudina?

Denegó con la cabeza, sin perder su triste sonrisa.

- Saldrá con Julieta y con Clara - me aclaró Marta.

Y volviéndose a su hermana, recomendó:

- Pero a la salida del Cine, esperadnos en la Rambla. ¡No vayáis a fallarnos!

- No, no.

- ¡Adiós, pues, Claudina! - dije yo.

- Adiós. Que os divirtáis.

Marta no quiso que la tomase del brazo... todavía. Pero aún así, caminé hasta la puerta del Cine sintiéndome el más dichoso de los mortales. Experimentaba la sensación de ser contemplado por todas las miradas de Valmira, y eso me producía indecible orgullo. Estaba viviendo unas escenas que durante doce larguísimos meses habían constituido el tema único de mis ensueños.

Así se lo dije a Marta, envalentonado por la penumbra de la sala del Cine cuando nos hubimos acomodado en dos butacas delanteras.

- Me parece increíble, Marta, - murmuré - que de la noche a la mañana se haya convertido en realidad mi deseo, un deseo que me parecía ya pura quimera. Porque ¡cuánto me ha costado llegar a ti! ¡Y qué feliz me siento ahora!

Por primera vez me miró con verdadera ternura.

- Tontuelo - dijo dulcemente - Yo también te quería. Pero era necesario estar bien segura; segura de ti y de mí misma.

- Está bien - me quejé - ¿Mas no te parece que doce meses son muchos meses?

- Tenía que resistirme porque me acosabas mucho. Yo quería decidir por mí misma, no bajo la presión de tu galanteo ni a instancias de Claudina, que ha sido una constante abogada tuya.

- Tu hermana es muy buena. También a mí me animó en las ocasiones en que estuve a punto de desesperar.

Marta me miró, y no me dijo nada. Yo me quedé absorto contemplando sus ojos prodigiosos, tan dulces ahora, tan francamente entregados a mi mirada.

- Te quiero, Marta, - le dije quedamente - Te adoro.

No le agradaba mi entusiasmo.

- Eso se supone - respondió indiferente, volviendo los ojos hacia la pantalla - . No te exprimas la mollera para decir semejantes bobadas. Eres un novio de folletín.

Habían dado las nueve cuando salimos del Cine. La acera de la Rambla estaba llena de paseantes aquella templada noche de otoño. A pesar de la aglomeración de gente, no tardamos en encontrar a Claudina con sus amigas.

Pero no la acompañaban sólo Julieta y Clara, sino también un muchacho a quien yo no conocía.

Me lo presentaron como pariente de Julieta. Se llamaba Sebastián no sé cuántos. Parecía muy joven. Era esbelto, tenía un agraciado semblante de rasgos un poco femeninos.

Cambiadas las primeras frases de rigor, echamos a andar Rambla abajo, Julieta y Clara caminaban juntas delante de nosotros. Claudina y Sebastian, enfrascados en una charla animada, se apartaron de los demás.

- ¿Quién es ese muchacho? - le pregunté a Marta,

- Un chicuelo muy lindo ¿no lo ves? Tiene carita de novia.

- Pero ¿quién es? ¿No lo conocías?

- ¡Claro que no! ¿Qué importa eso?

- Debe de ser forastero ¿no?

- Es forastero. Un pariente de Julieta ¿No lo has oído? ¿Por qué te intriga tanto?

- Es que tiene absorta a Claudina en su conversación.

- Claudina parece siempre absorta en cualquier cosa.

- Tendría gracia que el primer día de nuestro noviazgo, Claudina encontrase también...

- ¡Qué mal conoces a Claudina!

No obstante, mientras duró el paseo estuve observando que el muchacho no se ocupaba lo más mínimo de su prima ni de Clara. No atendía más que a Claudina, y ésta parecía complacida en ello. Respondía a la charla de Sebastián con interés, y sobre todo con una expresión alegre, por completo inusitada en su semblante.

En la esquina de la calleja nos separamos. Sebastián se despidió,

- He tenido sumo placer en conocerlos - dijo remilgadamente - y espero que tendré nuevas ocasiones de verlos.

- Claro que sí - dijo Marta.

El miró a Claudina.

- ¿Sí, Claudina?

- Claro que sí - insistió Marta, impaciente.

El muchacho se alejó al fin con Julieta y Clara, y yo acompañé a Claudina y a Marta hasta su casa.

La proximidad de la despedida me hacía experimentar una vaga tristeza. Probablemente, al siguiente día podría ver de nuevo a Marta. Mas me dolía que las horas de aquella primera tarde hubieran transcurrido tan deprisa. Con ánimo de prolongarlas en lo posible, insinué:

- Es bastante temprano. Podíamos haber ido al Bar para tomar un aperitivo ¿no?

- Te permitimos entrar en casa - decidió Marta en tono autoritario - Y hasta te ofreceremos ese aperitivo. Pero nuestra hospitalidad se limita a media hora. No demos pábulo a las lechuzas - terminó alegremente.

Abrieron la puerta, cruzamos el vestíbulo, y a lo largo del pasillo entramos hasta el comedor. Era una pieza pequeña, cálida y acogedora.

Marta, con su peculiar dinamismo, la atravesó sin detenerse.

- Voy a encender el hornillo. No hay que olvidarse de la cena - dijo - ¿Preparas entretanto las bebidas, Claudina?

Se fue a la cocina mientras su hermana se acercaba al trinchante.

- ¿Qué prefieres? ¿Jerez? Martini?

- Dame un Martini.

Estaba de espaldas a mí. Me acerqué a ella.

- ¿Te gusta ese muchacho, Claudina? - le pregunté.

Se volvió a medias, y me miró con expresión de asombro.

- ¿Si me gusta? ¿Por qué?

- No sé. ¡Os vi hablando con tanta animación!...

Dio media vuelta, y se quedó mirándome verdaderamente sorprendida. No necesité preguntarme la razón de aquella sorpresa. Me dí cuenta en seguida de que al interrogarla me había temblado la voz.

- ¿Por qué te preocupa eso? - dijo sin apartar de los míos sus ojos negros, sus ojos tristes y profundos como la noche.

Había siempre en las actitudes de Claudina tanta deferencia hacia su eventual

interlocutor, que en aquel momento, contemplándola, me pregunté cuál habría sido su reacción si hubiera escuchado de los labios de un hombre la frase de «Te quiero, Claudina, te adoro», semejante a la que yo había dirigido a Marta unas horas antes con tan menguado éxito. De escuchar esas palabras apasionadas, todo el cuerpo de Claudina hubiera temblado de emoción. Estaba seguro de eso.

Y sin poder reprimirme, impremeditadamente, dije con un fervor insospechable.
- Te quiero, Claudina. Te adoro.

Me acerqué yo a ella, o se acercó ella a mí. ¿Quién puede saberlo? Noté el temblor de su busto, el estremecimiento de sus labios. Miré aquellos ojos enormes, profundos, absorbentes, y ví que allá en lo más hondo de aquella sima negra, se encendía una insólita llamarada de alegría.

Fuí yo quien tendió los brazos. Mis manos ciñeron su cintura, subieron por la espalda de Claudina hasta los hombros mórbidos. Me parecía caer muy lentamente en el abismo oscuro de sus ojos. Mis labios rozaban su frente, su sien, la seda de su mejilla; encontraron los labios suyos, gordezuelos y húmedos, de una frescura frutal.

Escuché tras de mí unas palabras rápidas, un grito. No hice caso.

Besé a Claudina apasionadamente. Separé mis labios de los suyos, y la miré. Sus ojos me contemplaban rebosantes de cariño y ternura. ¡Cómo había anhelado yo, Dios mío, que unos ojos de mujer me mirasen así!

Sonó a mi espalda un portazo horrrisono. Claudina temblaba, pero no se apartó. La besé de nuevo, largamente, mientras nuestras manos se entrelazaban.

Y ¿para qué recordar más?

Arturo BENET



Algo no anda bien

El poeta invita a un amigo que venga a visitarle.

Ahora mismo me entero que soy mi casa, amigo.
Entra a verme, te invito, te ayudo con mis manos.
Hay salones de sangre por donde Dios pasea
dulce y tierno cansancio.

Enciende tú la luz con la palabra. Mira
y escucha atentamente. Dentro todo el cuidado
es poco, no tropieces. No me vagues a ciegas
porque debe ser algo...

Algo que no anda bien. Ya sabes cosas raras
que nadie explica nunca. Cosas de mil diablos.
Cosas que yo creía que se las llevaba el viento
y siguen en mi ánimo.

Tengo un desván de quejas y un oscuro pasillo
por donde el desconsuelo anda suelto y reinando.
Tú entra y curioseas. Hay un salón de baile
y el corazón bailando.

También hay biblioteca donde amontono versos
y habitación de sueños que está junto al despacho.
Entra que yo te espero sentado aquí en la puerta
con los brazos cruzados.

Nos emborracharemos los dos en la bodega
de mi tristeza hecha, a pecho desgarrado,
de oxidada alegría. Romperemos recuerdos
y paisajes, borrachos.